

Título original: *The Blade Itself*

Publicado originalmente en inglés por Gollancz, un sello de Orion Publishing Group, Londres

Primera edición: 2007

Cuarta edición, con traducción revisada: 2022

Quinta edición: 2024

Revisión de galeradas a cargo de Antonio Torrubia

Diseño de cubierta: José Luis Collada

Ilustración de cubierta: Fran Vegas

Mapa: © Dave Senior

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Joe Abercrombie, 2006. *All rights reserved*

© de la traducción: Borja García Bercero, 2007, 2021

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2007, 2024

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-631-6

Depósito legal: M. 2.865-2024

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

*Para los cuatro lectores.
Ya sabéis quiénes sois*

Fin

Logen se internó de un salto en la espesura, con los pies descalzos resbalando y patinando en la tierra húmeda, en la nieve fundida, en la pinocha mojada, con el pecho ardiendo al respirar, la sangre retumbando en la cabeza. Tropezó y cayó de costado, a punto estuvo de abrirse el pecho con su propia hacha y se quedó allí tendido jadeando, escrutando el sombrío bosque.

Hacía solo un instante el Sabueso seguía a su lado, de eso estaba seguro, pero ya no había ni rastro de él. En cuanto a los demás, no había forma de saberlo. Valiente jefe estaba hecho, dejando que lo separaran de sus hombres. Debería estar intentando regresar, pero los shankas andaban por todas partes. Los sentía moverse entre los árboles y su olfato estaba impregnado de su olor. Desde algún lugar situado a su izquierda le pareció oír gritos, de lucha tal vez. Procurando no hacer ruido, se levantó despacio. Sonó el crujido de una rama y Logen se volvió como una centella.

Una lanza venía hacia él. Una lanza de aspecto feroz llegaba hacia él a toda velocidad con un shanka al otro extremo.

–Mierda –dijo Logen.

Se echó a un lado, resbaló, cayó de bruces y rodó por el suelo atravesando la maleza, convencido de que en cualquier momento sentiría cómo la lanza se le hundía en la espalda. Respirando pesadamente, se apresuró a ponerse de pie. Vio el brillo de la punta acometiendo de nuevo contra él, la esquivó y se escabulló tras el grueso tronco de un ár-

bol. Se asomó por un lado y el cabeza plana soltó un bufido y atacó de nuevo. Logen volvió a asomarse un instante por el otro lado, se apartó, rodeó el tronco de un salto, salió a descubierto y descargó un hachazo rugiendo con todas sus fuerzas. Con un chasquido, el filo del hacha se hundió en el cráneo del shanka. Había tenido suerte, pero al fin y al cabo, pensó Logen, ya iba siendo hora de tener un poco de suerte.

El cabeza plana seguía en pie, mirándole sin dejar de pestañear. Luego se le fue cubriendo la cabeza de hilos de sangre y empezó a tambalearse. Después se desplomó, arrancando a Logen el hacha de las manos, y quedó a sus pies convulsionándose en el suelo. Logen trató de agarrar el mango del hacha, pero, de alguna manera, el shanka seguía sosteniendo su lanza y la punta daba sacudidas en el aire.

—¡Au! —chilló Logen cuando la lanza le hizo un corte el brazo.

Notó una sombra en la cara. Otro cabeza plana. Y de los grandes. Ya estaba en el aire, con los brazos extendidos. Demasiado tarde para coger el hacha. Demasiado tarde para esquivarlo. La boca de Logen se abrió, pero no había tiempo de decir nada. ¿Qué podía decirse en una situación así?

Cayeron juntos a la tierra húmeda y rodaron juntos por el suelo entre espinas y ramas sueltas, arañándose y aporreándose y gruñendo. La cabeza de Logen dio contra la raíz de un árbol, un golpe tan fuerte que le pitaron los oídos. Llevaba un cuchillo en alguna parte, pero no recordaba dónde. Rodaron y rodaron pendiente abajo mientras el mundo giraba y giraba a su alrededor, y Logen intentó desembotarse y estrangular al cabeza plana a la vez. No había forma de parar.

A todos les había parecido buena idea acampar cerca del cañón. Así no habría posibilidad de que los sorprendieran por la espalda. Pero mientras Logen resbalaba sobre el vien-

tre hacia el borde del abismo, la idea estaba perdiendo gran parte de su atractivo. Desesperado, trató de aferrarse a la tierra húmeda. Sus manos solo encontraron polvo y agujas de pino marrones. Volvió a cerrar los dedos, pero lo único que atraparon fue nada. Iba a caer. Dejó escapar un leve gemido.

Sus manos agarraron algo. La raíz de un árbol que sobresalía de la tierra, justo al borde del precipicio. Soltó un grito ahogado y se balanceó sobre el vacío, pero estaba bien aferrado.

–¡Ja! –gritó–. ¡Ja!

Seguía vivo. Hacía falta algo más que unos cuantos cabezas planas para acabar con Logen Nuevededos. Trató de encaramarse al borde, pero le fue imposible. Un gran peso le colgaba de las piernas. Logen miró hacia abajo.

El cañón era profundo. Muy profundo, y con unas paredes de roca cortadas a pico. Aquí y allá un árbol encajado en una grieta desplegaba su fronda sobre el abismo. Al fondo, muy lejos, el río turbulento y veloz discurría bufando y escupiendo espuma blanca, encajonado entre abruptos peñascos negros. Mal asunto, desde luego, aunque el verdadero problema lo tenía más cerca. El enorme shanka seguía con él, meciéndose con suavidad en el aire, sus sucias manos agarradas al tobillo izquierdo de Logen.

–Mierda –musitó Logen.

Estaba metido en un buen aprieto. Ya había pasado por otros bastante malos y había vivido para contarlos, pero le costaba imaginar una situación mucho peor que aquella. Eso le hizo pensar en su vida. En esos momentos le pareció amarga y sin sentido. No había hecho ningún bien a nadie. Una mera sucesión de violencia y dolor, con poco más que penurias y decepciones entre medias. Las manos empezaban a cansársele, los antebrazos le ardían. Nada parecía indicar que el cabeza plana fuese a soltarse pronto. Es más, había trepado un poco por su pierna. La criatura se detuvo y lo miró con ferocidad.

De haber sido Logen quien colgara aferrado al pie del shanka, probablemente habría pensado: «Mi vida depende de esta pierna de la que cuelgo, así que mejor no correr riesgos». Un hombre prefiere salvar la vida antes que matar a su enemigo. Por desgracia, los shankas veían las cosas de otra manera, y Logen lo sabía. Por eso no se sorprendió mucho cuando el shanka abrió su enorme boca y le clavó los dientes en la pantorrilla.

—¡Aaargh! —rugió Logen.

Se puso a gritar y a lanzar patadas con todas sus fuerzas usando el talón descalzo. Una hizo sangre al shanka en la cabeza, pero no por eso dejó de morderle y, cuanto más fuertes eran sus patadas, más le resbalaban las manos de la escurridiza raíz a la que estaba sujeto. Apenas quedaba ya raíz a la que aferrarse, y lo poco que había parecía a punto de romperse. Intentó pensar, abstrayéndose del dolor de las manos, del dolor de los brazos, de los dientes del shanka en su pierna. Iba a caer. Sus únicas opciones eran caer en las rocas o caer al agua, y esa era una decisión que más o menos se tomaba sola.

Puestos a hacer algo, mejor es no demorarlo que vivir temiéndolo. Es lo que habría dicho su padre. Logen afirmó en la roca el pie que tenía libre, respiró hondo una última vez y se impulsó hacia el vacío con las pocas fuerzas que le quedaban. Primero sintió cómo se soltaban los dientes que le mordían, luego las manos que lo tenían agarrado y, por un instante, quedó libre.

Entonces empezó a caer. Rápido. Las paredes del cañón pasaban como una exhalación: roca gris, musgo verde, manchas blancas de nieve, todo girando vertiginoso a su alrededor.

Logen daba lentas vueltas en el aire, agitando inútilmente los miembros, demasiado asustado para gritar. El viento le azotaba los ojos, le revolvía la ropa, le robaba el aliento de la boca. Vio al gran shanka estrellarse contra la

pared de roca a su lado. Lo vio quebrarse, rebotar y caer desmadejado, sin duda muerto. Una visión muy grata, pero su satisfacción duró poco.

El agua se alzaba ya para acogerle. Embistió su costado con la fuerza de un toro, le vació los pulmones de un puñetazo, le arrebató el sentido de la cabeza, lo absorbió y lo sumió en una fría oscuridad...

Primera parte

«Ya el hierro por sí solo atrae al hombre.»

HOMERO

Los supervivientes

El agua lamiéndole las orejas. Eso fue lo primero que sintió. El lamido del agua, el rumor de los árboles, el gorjeo espaciado de algún pájaro.

Logen entreabrió los ojos. Luz, una luz difusa entre las hojas. ¿Era eso la muerte? Y si lo era, ¿por qué dolía tanto? Le palpitaba todo el costado izquierdo. Trató de respirar con normalidad, se atragantó, tosió agua, escupió barro. Gimió, se dio la vuelta, se puso a cuatro patas y entre respingos, con los dientes apretados, se arrastró fuera del río. Rodó por el suelo y se tumbó boca arriba en la orilla sobre un lecho de musgo, cieno y palos podridos.

Permaneció un rato tumbado, contemplando el cielo gris que se abría por encima de las ramas negras, resollando con la garganta en carne viva.

–Sigo vivo –graznó para sí mismo.

Seguía vivo, pese a todos los esfuerzos de la naturaleza, los shankas, los hombres y las bestias. Empapado, con la espalda pegada al suelo, se echó a reír entre dientes. Una risa aguda y gorgoteante. Si algo podía decirse de Logen Nuevededos, es que era un superviviente.

Un viento frío barrió la pútrida orilla, y la risa de Logen se fue desvaneciendo poco a poco. Estaba vivo, sí, pero mantenerse con vida era otro cantar. Se incorporó con una mueca de dolor. Se puso de pie tambaleándose y apoyó la espalda en el tronco del árbol más cercano. Se restregó la nariz, los ojos y las orejas para quitarse la suciedad. Se subió la camisa empapada para echar un vistazo a los daños.

La caída le había dejado el costado lleno de moratones. Tenía las costillas cubiertas de arriba abajo por unas manchas azules y púrpuras. Dolían al tocarlas, y mucho, pero al menos no parecía que tuviera nada roto. La pierna estaba hecha un destrozo. Ensangrentada y desgarrada por los dientes del shanka. Dolía bastante, pero el pie aún se movía bastante bien y eso era lo importante. Ese pie le iba a hacer mucha falta si quería salir de aquella.

Su cuchillo seguía en la vaina del cinturón, y Logen se llevó una gran alegría al verlo. Sabía por experiencia propia que nunca se tienen suficientes cuchillos, y aquel era bastante bueno, pero las cosas seguían pintando mal. Estaba solo en un bosque infestado de cabezas planas. No tenía ni la más remota idea de su posición, pero podía seguir el río. Todos los ríos fluían hacia el norte, desde las montañas hasta el gélido mar. Así que tenía que seguir el río a contracorriente en dirección sur. Seguirlo y luego ascender a las Altiplanicies, donde los shankas no podrían encontrarlo. Era su única oportunidad.

Haría frío allá arriba en esa época del año. Un frío mortal. Bajó la vista a sus pies descalzos. Su típica mala suerte había hecho que los shankas llegaran cuando acababa de quitarse las botas para sajarse las ampollas. Tampoco llevaba zamarra: le habían pillado sentado junto a la hoguera. En esas condiciones no aguantaría ni un día en las montañas. Durante la noche, las manos y los pies se le ennegrecerían, y moriría poco a poco antes de llegar siquiera a los puertos de montaña. Eso sí no lo mataba antes el hambre.

–Mierda –masculló.

Tenía que regresar al campamento. Tenía que confiar en que los cabezas planas hubieran seguido su camino, confiar en que hubieran dejado algo atrás. Algo que le ayudara a sobrevivir. Era mucho confiar, pero no tenía elección. Nunca tenía elección.

Cuando Logen dio por fin con el lugar, había empezado a llover. La incesante llovizna le aplastaba el pelo contra el cráneo, le empapaba las ropas. Se pegó a un tronco cubierto de musgo y escudriñó el campamento con el corazón atronando y los dedos de la mano derecha apretando la resbaladiza empuñadura del cuchillo con tanta fuerza que le dolían.

En el lugar donde había estado la hoguera vio un círculo ennegrecido, rodeado de palos a medio quemar y restos de ceniza pisoteada. Vio el leño en el que habían estado sentados Tresárboles y Dow cuando aparecieron los cabezas planas. Vio algunos restos del equipo, rasgados o rotos, desperdigados por el claro. Contó tres shankas muertos aovillados en el suelo, uno con una flecha sobresaliendo del pecho. Tres cadáveres, pero ni rastro de shankas vivos. Era una suerte. La suerte justa para sobrevivir, como de costumbre. Aun así, podían regresar en cualquier momento. Había que darse prisa.

Logen salió de detrás de los árboles y su mirada recorrió el suelo. Sus botas seguían donde las había dejado. Las recogió, se las puso a saltos y, con las prisas, estuvo a punto de resbalar y caerse. También estaba allí su zamarra, atrapada bajo el leño, desgastada y llena de rajaduras tras diez años expuesta a los rigores del clima y la guerra, mil veces desgarrada y vuelta a coser, con media manga arrancada. Su macuto yacía informe entre los matojos, su contenido esparcido por la ladera. Casi sin aliento, se agachó y volvió a meterlo todo dentro. Un trozo de cuerda, su vieja pipa de barro, unas tiras de cecina, una aguja y algo de bramante, una petaca abollada en cuyo interior chapoteaban algunos restos de licor. Todo ello bueno. Todo ello útil.

De una rama colgaba una manta andrajosa, empapada y medio recubierta por una capa de mugre. Logen la levantó y sonrió. Debajo estaba su puchero, viejo y cascado. Estaba volcado de lado, como si lo hubieran pateado lejos del fue-

go durante la refriega. Lo agarró con ambas manos. Aquel puchero abollado y renegrido tras años de duro servicio le transmitía una sensación segura, familiar. Hacía mucho que lo tenía. Le había hecho compañía en todas las guerras, cruzando todo el Norte y de vuelta. Todos lo habían usado para cocinar cuando andaban por los caminos, todos habían comido de él. Forley, Hosco, el Sabueso, todos.

Logen repasó de nuevo el campamento. Tres shankas muertos, pero ni rastro de su gente. Quizá todavía anduvieran cerca. Quizá debería arriesgarse, probar a echar un vistazo....

—No.

Lo dijo entre dientes, sin levantar la voz. Sería una locura. Eran muchas cabezas planas. Muchísimas. No tenía ni idea de cuánto tiempo había estado tirado en la orilla del río. Incluso si algunos de los suyos hubieran conseguido escapar, los shankas estarían dándoles caza por el bosque. A esas alturas seguro que ya no eran más que cadáveres desperdigados por los valles altos. Lo único que podía hacer Logen era dirigirse a las montañas y tratar de salvar su triste pellejo. Había que ser realista. Había que serlo, por mucho que doliera.

—Ya solo quedamos tú y yo —dijo Logen mientras metía el puchero en el macuto y se lo echaba a la espalda.

Se puso en marcha, renqueando todo lo rápido que podía. Pendiente arriba, hacia el río, hacia las montañas.

Solo ellos dos. El puchero y él.

Eran los únicos supervivientes.

Preguntas

¿Por qué lo hago?, se preguntó por enésima vez el inquisidor Glokta mientras recorría cojeando el pasillo. Los muros estaban enlucidos y encalados, aunque ni una cosa ni otra en fecha reciente. El lugar transmitía una sensación sórdida y olía a humedad. No había ventanas, ya que era un pasillo subterráneo muy profundo, y las luces de las lámparas proyectaban sombras que fluían lentas por todos los rincones.

¿Por qué iba a querer alguien hacer esto? Los pasos de Glokta sobre las mugrientas losas del suelo marcaban un ritmo constante. Primero, el golpe seguro de su talón derecho, luego el leve toque del bastón y, por último, el interminable arrastre de su pie izquierdo, acompañado por los acostumbrados dolores punzantes que se extendían por el tobillo, la rodilla, el culo y la espalda. Golpe, toque, dolor. Ese era el ritmo de su andar.

La sucia monotonía del pasillo se interrumpía de vez en cuando por pesadas puertas, reforzadas con planchas de hierro perforado. Tras una de ellas, Glokta creyó oír un grito de dolor ahogado. *Me pregunto quién será el desdichado al que están interrogando ahí dentro. ¿De qué crimen será culpable o inocente? ¿En qué secretos estarán hurgando, qué mentiras estarán desbrozando, qué traiciones estarán poniendo al descubierto?* Pero no tuvo mucho tiempo de preguntárselo. Los escalones interrumpieron sus pensamientos.

Si le hubieran dado la oportunidad de someter a tortura a un hombre, al que fuera, Glokta habría elegido sin duda al inventor de los escalones. Antes de que comenzaran sus

desdichas, cuando era joven y vivía rodeado de admiración, nunca se había fijado en ellos. Se los saltaba de dos en dos y seguía despreocupado su camino. Pero ya no. *Están por todas partes. Es imposible pasar de un piso a otro sin ellos. Y bajar es peor que subir, que es algo de lo que nadie se da cuenta. Yendo hacia arriba, la caída no suele ser tan larga.*

Conocía muy bien aquel tramo. Dieciséis escalones labrados en piedra lisa, un poco desgastados por el centro y algo húmedos, como lo estaba todo allí abajo. Sin barandilla ni nada a lo que agarrarse. Dieciséis enemigos. Un auténtico reto. Le había llevado su tiempo dar con el método menos doloroso para bajar escaleras. Avanzaba de lado, como los cangrejos. Primero el bastón, luego el pie izquierdo y después el derecho, acompañado de un dolor más agónico del habitual por tener que apoyar el peso en la pierna izquierda, y de unas punzadas constantes en el cuello. *¿Por qué tiene que dolerme el cuello cuando bajo escaleras? ¿Acaso es el cuello el que carga con mi peso?* Pero el dolor era innegable.

A cuatro escalones del final, se detuvo. Ya casi los había vencido. Su mano temblaba sobre la empuñadura del bastón y la pierna izquierda le dolía horrores. Se pasó la lengua por las encías delanteras, donde en tiempos había tenido dientes, respiró hondo y dio un paso adelante. El tobillo cedió con una terrible punzada de dolor y Glokta se precipitó hacia delante, retorciéndose, tambaleándose con la mente convertida en un hervidero de espanto y desesperación. Tropezó como un borracho con el siguiente escalón, arañó las lisas paredes y dio un grito despavorido. *¡Estúpido, estúpido hijo de puta!* El bastón cayó al suelo con un traqueteo, los torpes pies de Glokta lucharon con las piedras y, por puro milagro, se encontró en el rellano inferior aún de pie.

Y aquí está. Ese momento horrible, maravilloso y prolongado entre el golpe que te has dado en el pie y la sensación de dolor. ¿Cuánto tiempo tengo antes de que me empiece a doler? ¿Y cómo

de fuerte será cuando llegue? Al pie de la escalera, respirando entrecortadamente, con la mandíbula suelta, Glokta sintió el hormigueo de la anticipación. *Ya viene...*

El tormento fue atroz, un espasmo atroz que se extendió por su costado izquierdo desde el pie hasta la mandíbula. Apretó los párpados para contener las lágrimas y se tapó la boca con la mano derecha, tan fuerte que los nudillos dieron un chasquido. Los pocos dientes que le quedaban rechinaron al encajar las mandíbulas, pero ni así pudo evitar que un gemido agudo e irregular escapara de su boca. *¿Es un grito o una risa? ¿Cómo distinguirlos?* Dio grandes bocanadas de aire por la nariz mientras las burbujas de moco le caían a la mano y su cuerpo retorcido se estremecía por el esfuerzo de mantenerse en pie.

El espasmo pasó. Glokta fue moviendo cautelosamente los miembros, uno por uno, para evaluar los daños. La piedad le ardía, el pie se le había dormido y, al más mínimo movimiento, el cuello le daba un latigazo que enviaba unos punzantes calambres columna abajo. *No está demasiado mal, dadas las circunstancias.* Se agachó con dificultad y recogió el bastón entre dos dedos, volvió a erguirse y se limpió los mocos y las lágrimas con el dorso de la mano. *Qué emocionante. ¿Me ha divertido? Para la mayoría de la gente unas escaleras son algo rutinario. Para mí, ¡toda una aventura!* Reemprendió su renqueante marcha por el pasillo, riendo para sus adentros. Aún asomaba una tenue sonrisa a su rostro cuando llegó a su puerta y pasó al interior.

Una caja blanca y mugrienta con dos puertas situadas una frente a la otra. El techo era demasiado bajo para resultar cómodo y las resplandecientes lámparas iluminaban demasiado la estancia. La humedad avanzaba desde una esquina y el enlucido se ahuecaba, formando unas ampollas salpicadas de moho negro. Alguien había intentado limpiar una larga mancha de sangre de la pared, pero no se había esforzado lo suficiente ni por asomo.

El practicante Frost estaba al fondo de la sala, con los enormes brazos cruzados sobre su fornido pecho. Saludó a Glokta moviendo la cabeza con tanta emoción como una piedra, y Glokta le devolvió el asentimiento. Entre ambos se extendía una mesa sucia y rayada, atornillada al suelo, con una silla a cada lado. En una de ellas estaba sentado un hombre grueso desnudo, con las manos amarradas a la espalda y una bolsa de lona marrón cubriéndole la cabeza. Su respiración sofocada y convulsa era el único ruido que se oía. Hacía bastante frío allí abajo y, sin embargo, el hombre sudaba. *Y con razón.*

Glokta se aproximó cojeando a la otra silla, apoyó con cuidado el bastón contra el borde de la mesa y, con mucha lentitud, precaución y dolor, tomó asiento. Estiró el cuello a izquierda y derecha y luego permitió que su cuerpo se desplomara en una postura lo más cómoda posible. Si le hubieran dado la oportunidad de estrechar la mano a un hombre, al que fuera, Glokta habría elegido sin duda al inventor de las sillas. *Ha hecho que mi vida resulte casi soportable.*

Frost abandonó en silencio la esquina y pinzó el pico de la bolsa entre su pálido y carnoso índice y su grueso y blanquecino pulgar. Glokta asintió con la cabeza y el practicante tiró de la bolsa, dejando a Salem Rews parpadeando bajo la cruda luz de la sala.

Un pequeño rostro mezquino, porcino, feo. Qué cerdo más mezquino y feo eres, Rews. Puerco asqueroso. Ya estás listo para confesar, seguro, dispuesto a hablar y hablar sin detenerte hasta que nos hartemos todos de tu voz. Un gran moratón oscuro le cruzaba la mejilla y otro le recorría la mandíbula, justo por encima de la papada. Cuando los ojos acuosos de Rews se adaptaron a la claridad, reconoció a Glokta sentado frente a él y, al instante, su rostro se iluminó de esperanza. Una esperanza muy, muy injustificada.

–¡Glokta, tienes que ayudarme! –farfulló en tono agudo y atropellado, echándose hacia delante con deses-

peración todo lo que le permitían sus ataduras—. Se me acusa en falso, lo sabes. ¡Soy inocente! Has venido a ayudarme, ¿verdad? ¡Eres mi amigo! Tú tienes influencia aquí. ¡Somos amigos, amigos! ¡Puedes hablar en mi favor! ¡Soy un inocente al que se ha acusado injustamente! ¡Soy...!

Glokta levantó una mano reclamando silencio. Miró un instante el rostro conocido que tenía delante, como si no lo hubiera visto jamás, y luego se volvió hacia Frost.

—¿Se supone que conozco a este hombre?

El albino no dijo nada. La parte inferior de su rostro estaba oculta por la máscara de practicante y la parte superior era inescrutable. Contemplaba sin parpadear al prisionero sentado en la silla, con unos ojos rosáceos más muertos que los de un cadáver. Desde que Glokta entró no había parpadado ni una sola vez. *¿Cómo lo consigue?*

—¡Soy yo, Rews! —dijo entre dientes el gordo con un tono de voz que cada vez se aproximaba más al pánico—. ¡Salem Rews! ¡Tú me conoces, Glokta! Estuve contigo en la guerra, antes de... ya sabes... ¡Somos amigos! Somos...

Glokta volvió a levantar la mano y, tras recostarse en su asiento, empezó a darse pequeños golpes con la uña en uno de los pocos dientes que le quedaban, como sumido en una profunda reflexión.

—Rews. El apellido me suena. Mercader, miembro del Gremio de los Sederos. A decir de todos, un hombre rico. Sí, ahora recuerdo... —Glokta se inclinó hacia delante e hizo una pausa teatral—. ¡Era un traidor! La Inquisición lo capturó y confiscó todos sus bienes. Parece que había conspirado para evitar los tributos del rey. —Rews se había quedado con la boca abierta—. ¡Los tributos del rey! —vociferó Glokta, descargando una mano sobre la mesa.

El gordo lo miró con los ojos muy abiertos y se pasó la lengua por un diente. *Extremo superior derecho, segundo empezando por atrás.*